

En hora buena. ¿Pero nada les debemos? ¡ya nos descargamos de nuestra deuda de gratitud!

La revolucion ha sacudido esos mundos paralizados como una revolucion geológica.

¿Pero dejaremos perecer en el sueño del olvido la memoria de algunos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendicion? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser despues.

Penetrado de esta verdad, no he vacitado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los ESTUDIOS que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá dia en que pueda estenderlos á los de otras poblaciones de la República. Esta es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida; pero la posteridad tomará cuenta á la actual generacion del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolicion.

## SANTO DOMINGO.

### I.

#### LAS MOMIAS.

**P**ERO entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente seria nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de emboscarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornizas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un via-crucis edificante, una peregrinacion á Palestina. Pero meses hace la visita que proponemos tenia un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y como vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitacion.

Era una tarde. . . . la mas sóbria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde. . . . así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterias de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñia el atrio del convento aun estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que habia rehusado jurar la constitucion y habia protestado contra las leyes de reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulápan.

A la entrada se veia sentado en un banco el oficial de la guardia que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba libre paso á todos los curiosos, y se hallaba á la sazón

en sabrosa y animada plática con varios amigos. . . . de corbata roja por supuesto.

En el atrio jugueteaban algunos soldados, haciéndose diabluras, llamándose por sus apodos y echando á correr de cuando en cuando para librarse de la persecucion de algun camarada ofendido por sus travesuras. Otros, empleando mejor el tiempo, limpian sus armas, ó comen al lado de sus mujeres y chiquillos, saboreando los placeres de la vida en familia despues de las vicisitudes y contratiempos de tres años de combates.

Mas ved al frente, hácia el Norte, la magnífica fachada del templo con sus columnas corintias y su friso, donde el arquitecto ha esculpido todos los risueños adornos del arte; parad la atención en esa torre esbelta, desde cuyos arcos salian no ha mucho escandalosas voces de júbilo, como una monstruosa y sostenida carcajada. Una gasa de tristeza parece cnbrir todo el monumento; la gran puerta está desdeñosamente cerrada; las campanas guardan silencio, y entre los arcos de la torre no se ve mas que un sér viviente. . . . un soldado que puesto de codos sobre un balcon y sacando la rodilla por entre dos balaustres, contempla con aire de indiferencia el espectáculo que tiene á la vista.

A la izquierda se abre el vestibulo del convento, notable por la solidez de su construccion; pero lóbrego como la boca de una caverna. Sigue la portería; y si es cierto que los conventos se edificaron á imitacion de las casas romanas, esta parte del que observamos corresponde al *prothyrum*, ó sea pasadizo entre la puerta que daba á la calle y la interior que comunicaba con el *atrium* ó *cavaedium*.

Por lo demas, nada notable recuerda la portería, si ya no es el hecho de haber estado en ella la célebre cruz verde del Santo Oficio, que segun nos informa Alaman en sus Disertaciones, permanecia allí colgada todavía hasta su tiempo.

Pasemos adelante.

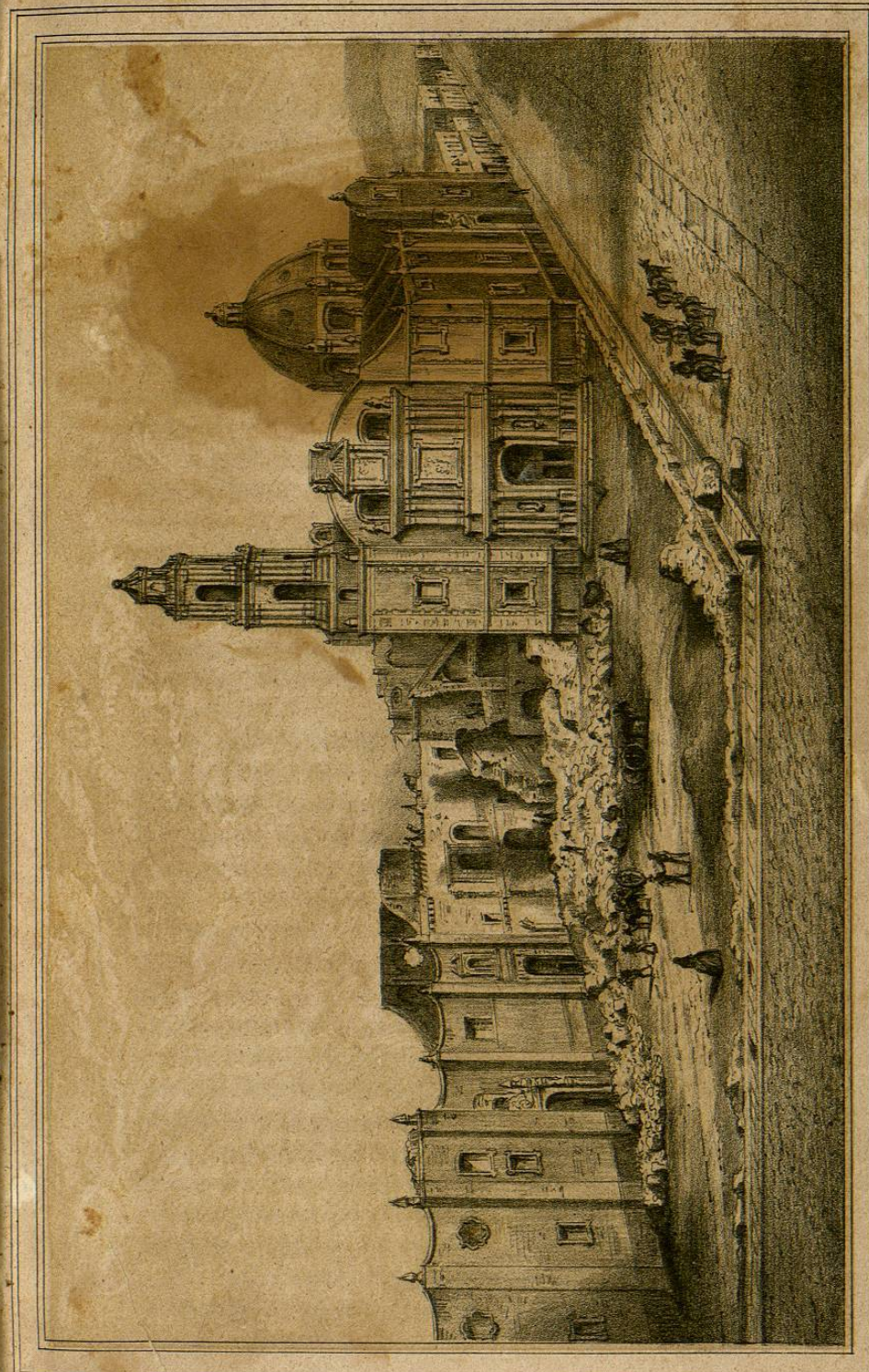
En lugar del pacífico donado, nos encontramos á la puerta un grave centinela de mirar hosco y áspero bigote, que con voz tremenda nos grita:—¡atrás!

—Permítanos usted un solo momento.

—No hay órden!

—Venimos á ver las momias.

—Ya pasó la hora.



Mapa de frente y ca.

EXTERIOR DEL TEMPLO DE S<sup>to</sup> DOMINGO.

OCTUBRE 15 DE 1861.

Desconsolados por tal recibimiento, no teniamos otro recurso que volver pie atrás; pero he aquí que un incidente viene á favorecer nuestro deseos.

Un murmullo sordo al principio y despues clamoroso se deja oir á los lejos en el patio.—¿Qué será eso?—Esperemos.

Era un concierto grotesco formado de voces femeniles mezcladas con gritos roncós y salvajes: era una riña; los contendientes se acercan, ya se oyen mas distintas las palabras, ya vemos á los que las profieren.—¿Cabo cuarto! esclama el centinela, y acude el cabo, y acude el oficial de guardia, y acuden todos los soldados, y . . . á rio revuelto ganamos nosotros la entrada del patio.

Aunque ya otra vez habiamos visitado aquel lugar, no pudimos menos de detenernos á ver los corredores. El patio es un cuadrado amplísimo, y su centro está ocupado por una fuente que ha sustituido al *impluvium* de los antiguos. El techo de los cuatro corredores se halla sostenido por veintiocho arcos que descansan sobre elegantes pilastras; y á pesar de lo ahumado de los muros interiores y del ambiente húmedo y sepulcral que allí se respira, el efecto de la airosa columnata no puede ser mas agradable.

Del patio, y siguiendo el corredor de la derecha hasta su extremo, pasamos á una galería vasta aunque oscura, donde nos llamó la atencion un espectáculo extraño y lleno de vida. ¿Quién podia esperar ver en aquel recinto á mas de cincuenta *soldaderas* entregadas, cerca del fuego, á las ardientes faenas de la cocina? Unas asaban carne, envueltas en nubes de humo; otras agitaban compasadamente el aventador para avivar el fuego; ésta, con el mismo objeto, sopla sobre los tizones, y la llama refleja sobre su rostro como si la encendiera; aquella empuña varonilmente una enorme cuchara, y metiéndola en la olla la mueve circularmente con un ruido particular; la de mas allá trata y regatea con algunos vendedores de comestibles; finalmente, todas charlan y rien, formando una algazara no interrumpida.

La travesía por aquel océano cocinal fué árdua; pero al fin llegamos á la escalera que conduce á las galerías superiores, y un momento despues nos hallábamós en el claustro, á cuyo extremo se ve la capilla que encerraba las momias.

Por las paredes cubiertas de polvo y telarañas, el altar vestido de luto, el retablo apolillado, y en suma, por el aspecto de an-

tigüedad, de vejez, de decrepitud que se notaba en la capilla, cualquiera la hubiera juzgado digna tumba de los restos humanos que ostentaba; era también un cadáver exhumado; la momia de la arquitectura que acogía en su regazo á otras momias.—Estas se mostraban al través de una reja gótica, la mayor parte en fila, reclinadas sobre una banca, en pie, y con el semblante hácia los espectadores.

Digna era por cierto de observarse aquella entrevista de la vida con la muerte, de los inquietos huéspedes del mundo con los silenciosos moradores del sepulcro; aquella hilera de seres animados, alegres, llenos de curiosidad, en frente de otra hilera de seres misteriosos, quimeras de hombres, fábulas de vivientes, que no tenían ojos y parecían ver, que no tenían labios y parecían recibirnos con un gesto de indiferencia ó de ironía; aquel encuentro singular entre las miserias y las glorias de la generación actual y las reliquias de las anteriores; y finalmente, aquel saludo del presente al pasado, del tiempo á la eternidad.

Oh! aquellos restos enjutos y cubiertos de harapos, esas estatuas de polvo, hojas secas desprendidas del árbol de la humanidad, eran una lección imponente! Pero ni el tiempo ni las circunstancias nos permitieron aprovecharla. Después de un período altamente filosófico en que combatió gloriosamente una idea contra otra idea, un principio contra otro principio, empezábamos á envolvernos en el humo de las pequeñas miserias de partido; al drama sucedía el sainete: después de una guerra titánica entrábamos con mucho calor y seriedad en el combate liliptiense de los lazos rojos con los lazos verdes.

Pero no todos los frutos de un árbol son lozanos y gustosos; prodúcelos también anargos y raquícos: dejemos á cada tiempo lo que da, y volvamos á las momias.

Tarea difícil y enojosa sería referir los diversos juicios que sobre ellas se formaron. Por muchos días cada uno pensó y creyó lo que primero se le vino á las mientés: circulaban comentarios, se aventuraban conjeturas, llovían amenazas de venganza, se daban la mano las consejas, brotaban gritos de indignación y tropezaban unas con otras las esplicaciones, ¡y todo para qué? Para esplicar la inesperada aparición de unos pobres frailes desecados que esperaban tranquilamente en el osario el clamor de la trompeta del juicio final, y no contaban con que manos caritativas habían de ir á turbar su sueño para dar un espectáculo

curioso, una función gratis á los habitantes de la capital. Pero esto merece una brevísima advertencia.

Hay en nuestros partidos políticos ciertos entes que son con todo rigor los mites de la gran revolución social que en el país se representa. Por de contado que ellos se consideran personajes de importancia y de los más bien iniciados en las tradiciones y misterios de su comunión: ellos son los que en el período de *caída* encuentran á usted en la calle y con aire cauteloso le dicen:—estamos conspirando!—y ellos los que en tiempo de *alta*, le dicen á usted estrechándole la mano con tono afabilísimo:—amigo! parece que no *governamos* tan mal: ahora puede usted colocarse; voy á solicitar un empleo para usted, y espero que no *nos* desairará. Todo lo saben, de todo hacen un secreto, cualquiera palabra suya es una revelación; cuando despliegan los labios es menester creerlos como á un oráculo; andan siempre con aire apresurado, no tienen tiempo que perder, desempeñan comisiones de cuenta, son el *factotum* de los ministerios, y empuñan el timón del gobierno ni más ni menos que como araba la mosca pegada al cuerno del buey.

Para ellos debe representarse el partido como los sacramentos, con signos sensibles: el traje y todo lo concerniente á la persona debe ser consecuente con la idea política. Así es que el conservador usará patillas, sombrero alto indispensablemente, cuello erguido y rebelde, pantalón negro, prendedor en la camisa, y pese á quien pesare, capa española.

El liberal cometería un crimen de lesa-nación si renunciara al *fieltro*, que es el sombrero democrático por excelencia, y ni todos los amagos de guerra extranjera le obligarían á abandonar la cinta del reloj y la corbata rojas.

Sus principios, si son realmente principios los que profesan, se encierran en el dogma del exclusivismo y la incompatibilidad.—¿Trata usted á fulano?—qué! cómo! si es un *puro*!—Y usted aprecia á zutano? es hombre de mérito.—Ni por pienso; no entran en mi reino los retrógrados.

En sus apreciaciones campea la calumnia, y creen muy formales hacer un servicio á su causa procurando desacreditar la contraria, aun cuando para ello se valgan de sandias especies ó de tradiciones fabulosas.

El conservador cree á pie juntillas que todos los puros son herejes ó punto menos que ateos; ningún liberal obra de buena

fe; todos persiguen sistemáticamente al culto católico y á sus ministros, permiten la libertad de imprenta para desmoralizar al pueblo, y pretenden entregar á la nacion en cuerpo y alma á los yankees.

En cambio, el puro sostiene á capa y espada que los conservadores nos venden á España; que todos son hipócritas, falsos, déspotas, ignorantes y acérrimos partidarios de la inquisicion. Concretándonos al asunto que nos ocupa, conoce tan ampliamente la historia del país, que, en su concepto, los frailes no vinieron á Méjico sino para sistemar la tiranía; ningun beneficio se les debe; todos son y han sido un hato de zafios, inteligentes solo para apropiarse los bienes agenos y promover autos de fe; ¿se extrañará, segun lo dicho, que los liberales de esta ralea hayan querido hacer creer al vulgo que las momias eran frailes emparedados, víctimas de las venganzas de sus propios hermanos, ó del implacable tribunal del Santo oficio?

Por fortuna no todos se dejan alucinar con los engendros de almas visionarias. La exhumacion se hizo á presencia de muchos, y antes de ocho dias todos sabiamos que las momias fueron estraidas del osario del convento, donde reposaban como cualesquiera otros cadáveres de los hijos de la órden.

Hay mas: un librito escrito con veracidad hizo populares los nombres que tenian cuando Dios las animaba con su aliento de vida. Entre ellos, ¿quién no recordará con admiracion y gratitud el del Dr. Fr. Servando Teresa de Mier?

Este religioso fué uno de los primeros mejicanos que se presentaron con lucimiento en Europa, acreditando que la nacion no era indigna de ocupar lugar entre las civilizadas. En todas partes le granjeaban amigos su conducta intachable y modales decentes, al paso que era estimado por su claro talento y sus letras. Durante los doce años, poco mas, que residió en Inglaterra, vivió entregado á labores científicas, y estableció una academia de idiomas, en la que él mismo enseñaba español, francés, italiano y latin; esto ciertamente no dejaría de llamar la atencion en un tiempo (hácia fines del siglo pasado) en que tan pobre idea se tenía de nuestros paisanos.

Pero el hecho mas relevante de su vida fué la parte tan activa y gloriosa que tuvo en la independencia de la patria. El comprometió al general Mina á venir á Méjico, proporcionándole los recursos necesarios para organizar su ejército; juntos desem-

barcaron en Soto la Marina; juntos batallaron contra el poder colonial, teniendo por mucho tiempo una parte igual en los favores y en los reveses de la fortuna. Y bien mirado, esta consagracion eficaz y exclusiva otorga del Dr. Mier mejores títulos á nuestra gratitud que aun al propio Mina; éste, como él mismo declaró, "no habia pasado á América á favorecer directamente la revolucion, pues que no amaba á los americanos *ni mucho ni poco*."

Ademas, para que no faltase ningun mérito al P. Mier, su amor á la independencia le acarreó amargos sinsabores. Sufrió destierros, prisiones y tratamientos indignos con la serenidad de un héroe, con la maravillosa resignacion de un mártir.

Despues, verificada ya nuestra emancipacion política, tuvo asiento en el primer congreso constituyente, siendo uno de los individuos que formaron la constitucion de 24. Murió tres años despues, generalmente sentido, legando á la posteridad varias producciones de su pluma, entre otras las célebres *Profecias* y una relacion de sus viajes por Europa. ¿Pudieran muchos presentar una vida mejor empleada?

Pero volviendo á las momias, se asegura que una ha sido donada á la Escuela de Medicina, y cuatro van á ser trasportadas, ó ya lo fueron, á la República de Buenos Aires. Si lo último es cierto y entre ellas va la del Dr. Mier. . . ¡raro en verdad es el destino de este hombre! Su suerte es viajar aun despues de muerto, como el Cid guerreó contra los moros ya convertido en cadáver.

Lejos estábamos de prever este paradero, los que arrimados á la fria reja contemplábamos sin repugnancia, y antes bien poseidos de un sentimiento indefinible, aquellos seres silenciosos que parecian próximos á convertirse en polvo; aquellas sombras de faz indecisa evocadas de un mundo lejano para venir al nuestro á patentizarnos con lenguaje insinuante la vanidad de la vida.

Una vez apagada la curiosidad, discurrimos por el claustro un momento, con la íntima conviccion de ser este el último que nos era dable aprovechar para ese objeto, porque ya la demolicion se preparaba á sus faenas. La soledad y el silencio habian invadido aquellas galerías que parecian interminables: la noche estaba próxima, y el crepúsculo les comunicaba por las estrechas ventanas uno que otro rayo de claridad enfermiza y pavorosa.

Volvimos á bajar por la escalera que remata en la ancha y es-

pantosa galería donde las soldaderas tenían sentados sus reales. Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguían con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenían eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado había tenido en Méjico sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante traía consigo á una tapatía por esposa: las sirenas de la capital luego que le vieron sano y salvo le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho: aquello fué una cuestión legal, una conjuración. Pero cuando todas disputaban y ninguna se convencía, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias. . . .

Cuando atravesamos el patio ya iba entrando la noche; y mientras las pilastras se dibujaban en un claro-oscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia que decora la entrada de la mansion del reposo.

## II.

### PASADO.

¡Pero nada dicen al pensamiento estos lugares! ¡No hiere vivamente á la imaginación este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer! ¡Quiénes echaron los cimientos de estos muros! ¡Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro! ¡Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas! Volvamos la vista al océano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, esento de la mas ligera nube; parecia la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y se levantaba lentamente como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoración, y toda palabra un himno; en estos momentos de animación universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¡Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélagos!

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca magestuosamente. ¡Será una nube impelida por los halagos de la brisa? ¡Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas!

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el rogo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interés de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de Leon, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de Méjico; pero trae asimismo á doce personajes misteriosos, cuyos nombres no se proclaman, pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneración.

Al día siguiente se les ve tomar su camino hácia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastoso con que mas tarde emprendían su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinación es un triunfo: por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que estos nuevos huéspedes, pobremente vestidos y en cuyo modesto semblante leían la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertían en ceniza los pueblos y reducían á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recién venidos eran objeto de estos y otros mil